

*MISERICORDIA CONNATURAL*  
*Cuando lo heroico se vuelve espontáneo*

**¡Ay campaneros!**

Cuando uno actúa por querer dar una imagen de santidad, de bondad y actúa de cara a la galería, suele hacerlo tocando las campanas, intenta que todos se den cuenta de su heroicidad, de sus gestos amables o generosos. Y el campaneó que más suena es el del corazón, el del ego, el del interior vacío que resuena a hueco.

Quien así actúa no lo hace por amor, al menos no por amor al prójimo, ni siquiera a quien sirve, ayuda o reza. Sólo tiene un mal amor a sí mismo que le hace contaminar todo cuanto piensa u obra. Su pecado no sólo es el de omisión de tanto como puede hacer por los demás y ensimismado en sus cosas no materializa, sino que además tendrá la gran pena de saber que en cuanto hizo, se olvidó de lo esencial: del amor.

Quizás por eso al principio de la cuaresma recordamos aquello que Jesús nos dijo: *“No hagáis el bien para que os vean los hombres, porque entonces vuestro Padre celestial no os recompensará. Por eso, cuando des limosna, no vayas pregonándolo, como hacen los hipócritas...”*<sup>1</sup>.

**¿Y que otra cosa podía hacer?**

Por eso me gusta la gente limpia de corazón, de amor sincero que actúa con naturalidad, que realiza lo más heroico, como si le brotara del corazón, como si fuera lo más normal del mundo. Por eso me gusta tanto aquella historia de las dos comadres granadinas que nos cuenta Adolfo Chércoles.

Es la historia real de dos mujeres, gitanas, comadres, llamadas Juana y Ana. Eran vecinas del mismo inmundo corralón de Granada. La primera tenía siete hijos, la segunda seis. En una ocasión en que Ana cayó enferma y hubo de ser hospitalizada, Juana, que sabía del grave problema de alcohol de su compadre recogió los niños y se los llevó a su casa. Los juntó con los suyos y sin que les sobrara, les dio de cenar, los lavó a todos y los fue acostando como pudo. Al llegar la noche su marido volvió a casa y se encontró niños acostados por todas partes, en el cuarto de sus hijos, en el salón, en el pasillo, en su propia cama. Asustado, sorprendido, desconcertado se fue para su mujer y le exclamó: “pero Juana, ¿te has vuelto loca? ¿Qué has hecho? Si no teníamos ni para nosotros”. Juana sólo

---

<sup>1</sup> Mc, 6, 1-18

se encogió de hombros y dijo: ¿Y que le iba a hacer? ¿Iba a dejar solos a estos angelitos?

Quizás no salgan en los periódicos pero son esta gente la que de verdad realizan los más bellos gestos de amor, más heroicos y sinceros. Y lo realizan con naturalidad, sin darle importancia, como si no lo pensarán pero porque no hay nada que pensar. Había que hacerlo y ya está.

### **Había que hacer fiesta**

Así me imagino también al padre bueno<sup>2</sup> de la parábola que ante la vuelta de su hijo derramó sobre él todo su perdón, todo su amor, toda su herencia. Si hubiera permanecido ofuscado en su ego ofendido y humillado por la ingratitud de su hijo menor, si se hubiera enroscado en su razón y se hubiera negado al perdón dando a su mal hijo por muerto... sin duda no lo habría acogido, ni mucho menos dado un beso, ni unos ropajes dignos, ni unas sandalias para sus pies maltrechos, ni un anillo de heredero. Por supuesto no habría hecho fiesta al volver a recibirlo, porque no habría hecho fiesta en su corazón. No hubiera tenido nada que celebrar, porque ya lo habría olvidado, o al menos hubiera aparentado haberlo hecho. Pero no. Él no era así. Este padre era todo amor y se alegró. Su corazón no pensaba en él mismo sino en su hijo. Cada día oteaba el horizonte por si aparecía por la lejanía y le sabía vivo volviendo al hogar. Por eso hizo fiesta. Por eso estaba como los locos. Su corazón le dio un vuelco, se llenó de alegría. No quedaba ya nada de angustia provocada por los temores al desconocer su suerte. Estaba henchido de alegría, pleno de satisfacción, eufórico. Su hijo había vuelto a casa, a la vida. Estaba perdido y lo había encontrado.

Por eso le sorprendió la reacción del hijo mayor. “Pero hijo, es tu hermano. ¡Es tu hermano! Estaba muerto y ha vuelto vivo. Lo había perdido y lo he recobrado sano”, le decía el padre una y otra vez. Me imagino al hijo mayor enfurecido, encolerizado, soltando sapos y culebras por la boca, con las palabras atropellándose en la garganta gritándole a su padre: “es que eres un blando, no tienes orgullo, ni dignidad. Quizás a ti se te olvide lo que te ha hecho, pero a mi no. Es un flojo, un putañero, un vividor y egoísta. Sólo piensa en él, como siempre sólo hace lo que quiere y siempre se sale con la suya. Y tú eres un tonto, te ha cogido el pan debajo del brazo, no tienes autoridad, no puedes tener tan poco amor propio. ¿No ves que se está riendo de ti? ¿No ves que te está humillando otra vez? ¿No ves que te volverá a hacer igual?”.

---

<sup>2</sup> Lc 15, 11-ss

Me imagino al padre encogido de hombros, casi sin palabras, como diciendo: “hijo mío, si todo eso yo lo sé y es verdad, pero es tu hermano. Sufría más por él que por mi orgullo herido. Eso me daba igual. Ni un solo día me olvidé de él y le pedía a Dios que cuidara de él, que no le pasara nada. Ahora ha vuelto y ha vuelto la paz a mi corazón. Está sano y yo me alegro. Sobre todas las cosas, me alegro de haberlo recuperado, por eso había que hacer fiesta. Me alegro de teneros a los dos. Entra por favor. Os quiero a los dos y nada de lo que pase podrá cambiarlo”. Y el padre doblaría la cabecilla, miraría con infinita ternura a su hijo mayor, y se encogería de hombros.

Y es que, ¿podría haber hecho otra cosa si realmente lo amaba? Por eso pienso que el amor es lo natural cuando está sano el corazón, cuando la preocupación por el otro es sincera, cuando no te pesa ni lo que gastas, ni como te gastas, ni lo que hizo, ni lo que te hizo. Cuando sólo importa que tu hermano vuelva, o se levante, o empiece otra vez a vivir con dignidad. Y los precios a pagar entonces no pesan, ni tú te sientes bueno por haber hecho aquello. Tú sólo te sientes bien, porque el otro está bien. Y se hace fiesta en el corazón.

Jesús construyó esa hermosa parábola, porque sabía bien del corazón del Padre. Y lo sabía bien, porque habitaba en él, porque Jesús estaba profundamente unido al Padre, compartía su mismo amor. Tanto, que quien lo veía, veía al Padre. Jesús también vivía así de natural el amor. Su corazón era manso y humilde; su yugo, por tanto ligero. No le pesaba cargar con nuestras cruces, tomar trabajos de esclavo, lavarnos los pies. No le importaba poner la otra mejilla, aguantar insultos y salivazos, ser el blanco de las burlas de los romanos. “*El amor todo lo puede, todo lo aguanta, todo lo espera*”, dirá Pablo pensando en el amor de su Señor<sup>3</sup>.

### **“Es lo que toca”**

Me imagino así a Jesús, sin tiempo ni para comer, escondiéndose para orar, apretujado por las gentes que salían a su encuentro. Como encogido de hombros: “es lo que toca”. Me acuerdo una vez<sup>4</sup> que Jesús estaba cansado y sabía del cansancio de sus discípulos a la vuelta de la misión. Cogieron la barca y se fueron a la otra orilla con pretensión de rezar, de descansar en Dios Padre tantas emociones y fatigas. Pero el gentío los descubrió y se le adelantaron. Al desembarcar ya estaba la orilla llena de gente. Gente cansada también; pero cansada de tanto luchar, de tanto buscar esperanzas sin resultado. Sus rostros mostraban su abatimiento. Y

---

<sup>3</sup> 1 Cor 13

<sup>4</sup> Mc 6, 30-44

entonces el Señor, imagino yo, se encogió de hombros y conmovido porque estaban como ovejas sin pastor, se puso a enseñarles con calma.

Al cabo de un rato, seguramente largo, los discípulos aún más cansados aún, viendo que anochecía ya, le pidieron al Señor que los despidiera, que se desentendiera de ellos. “¡Que se vayan ya de una vez!”. Se entiende que ellos no entendieran, que no estuvieran a la altura, que no alcanzaran a comprender las implicaciones del amor verdadero. Ellos estaban muy en sus cosas, en su cansancio, en su hambre, en su deseo de estar a solas con el maestro. Pero el maestro tenía otra lección que ellos obedecieron, pero no entendieron: “*dadles vosotros de comer*” significaba: “haceos cargo del hermano, no os despreocupéis de su necesidad”. Y entonces, también me imagino yo que ellos se encogieron de hombros, pero ellos como no entendiendo, como desconcertados, como quien no sabe lo que hacer, y todo cuanto sucede después es un milagro difícil de creer.

Y es que, ¿acaso podía Jesús, el Hijo del Padre, el más humano, el que se haría cargo de cruces más pesadas, no hacerse cargo? Quizás él se diría: “¿y con que corazón me voy yo ahora? ¿Cómo voy a despedir sin comer a tantas mujeres y niños? ¿Y si les pasa algo?”. Se encogería de hombros y haría el milagro. El milagro fraterno de sentarlos por grupitos donde cada uno contemplara el rostro de su vecino como si allí hubiera nacido una nueva familia o tribu. Este fue el milagro de sacar de los zurrones lo que cada uno tenía, de multiplicar generosamente lo que allí había, de echar él el resto y bendecir al Padre Dios por el alimento. Y al final mientras los discípulos recogían las sobras, seguro que miraría al cielo y encogido de hombros, se diría: “Pues ya está hecho”.

### **“Quiero, queda limpio”**

Me viene a la memoria una ocasión en que Jesús después de haber salido muy de madrugada a rezar, iba con sus discípulos por los caminos y le salió al encuentro un leproso<sup>5</sup>. Este “apestado” no se apartó para dejar paso gritando su condición, ni se escondió entre las malezas hasta que hubieran pasado los viandantes. Este pobre hombre tuvo el atrevimiento de incumplir la ley y acercándose a Jesús, se clavó de rodillas y le suplicó: “*Si quieres, puedes limpiarme. Jesús, profundamente conmovido, extendió la mano, lo tocó y le dijo: Quiero, queda limpio*”.

¿Acaso no iba a querer él? Ese “Quiero” también me lo imagino fruto de sus hombros encogidos, como se te encoge el corazón cuando ves la miseria de un hermano, pero a diferencia del corazón endurecido, este

---

<sup>5</sup> Mc 1, 40-ss

estremecimiento te estira el brazo y te hace tocar su realidad hasta curarla. También Jesús incumplió la ley porque tocó al leproso, pero no incumplió, sino todo lo contrario, la voluntad del Padre. ¿No era su deseo más íntimo y vehemente el que los hombres conocieran cuánto los ama Dios? ¡Pues venga, hecho también!

### **¿El cáliz de mi Padre no lo voy a beber?**

Y recuerdo, esta vez con mayor dolor, cuando Pedro sacó la espada y fue a cortar la oreja a Malco, el criado del sumo sacerdote. Jesús le detuvo y le dijo: “¿es que no debo beber esta copa de amargura que el padre me ha preparado?”<sup>6</sup> Esta vez Jesús no estaba para gestos, pero lo dejó claro. No podía no beber el cáliz de la voluntad de su padre si con ello al derramar su sangre también derramaba la esperanza de la salvación para todos. En ese momento la suerte estaba ya echada, su vida estaba en manos del Padre aunque fuera a ser apresada y pisada por la maldad de los hombres. Maldad que Jesús en su bondad, sólo vio como equivocación. Y por eso la perdonó, y por eso nos perdonó. Una vez más nos miró al interior, nos caló por dentro y descubrió, desde su corazón lleno de dolor y misericordia, que los hombres podemos ser profundamente dañinos cuando perseveramos en el error, pero también entonces, o quizás entonces más que nunca estamos necesitados de su perdón.

Conocemos la historia. Murió en manos del Padre. Murió perdonando, como el Padre hubiera hecho. El Amor, en la cruz, murió amando. Le creyeron arrebatarse la vida aquellos que antes le habían quitado el Tiempo y la religión. Pero Jesús los perdonó. Si hubiéramos sido uno de nosotros, seguro que nos hubiéramos llevado a alguien por delante. Pero él no. Bueno sí. Se llevó con él al buen ladrón no sin antes dejarnos a su madre.

No hay miseria humana que Jesús no pueda tocar y curar. No hay hambruna de pan o de esperanza que Jesús no pueda saciar. No hay pecado o traición que pueda quedar irredenta si dejas a Dios morir por ti. Siempre están abiertas las puertas del Padre. Siempre hay fiesta en su hogar para un pecador que se convierta, para un hijo que vuelva, para una ovejilla, que perdida, se deje encontrar. Y cuando todo eso sucede, que no son pocas veces, quizás el diablillo lo mire como diciendo “otra vez tú, otra vez me has ganado”. Quizás también el Padre Dios le mire de reojillo y encogido de hombros guarde silencio para no humillarle.

---

<sup>6</sup> Jn 18, 11

Y es que la misericordia o es connatural o no es. O es fuente que brota del amor sincero o es sólo utilización de los pobres en pos de nuestra más que cuestionable santidad. Sin esfuerzos, sin alardes, sin buenismos. Cuando lo heroico se vuelve lo común, que no vulgar, es cuando el hombre profundamente humano se hace más divino y participa del corazón misericordioso de Dios. Fuimos hechos a su imagen<sup>7</sup>. A imagen de su amor.

### **“Hágase”**

Hay otra imagen y figura que me habla de sencillez, de naturalidad, de bondad sin mancha, de corazón sin contaminar. Un amor de madre olvidada de sí misma aunque absorba en sí para encarnar en su seno al Hijo de Dios. Mujer de pocas palabras, de gestos generosos, de una vida entregada. La lealtad a su Señor es infranqueable, la fidelidad a su Dueño incuestionable.

Nada importa lo que antes pensara, soñara o proyectara para ser feliz. No importa ya si quería formar una familia normal, si quería ser una más, si deseaba a José. Dios se cruzó en su camino, volvió a mirarla y la encontró limpia como su gracia; deseó quedarse y ella le invitó a pasar. Atrás quedó todo. No entendiendo nada, se encogió de hombros y dijo: *“Hágase”*. *“Hágase según tu palabra”, “que se cumpla en mí cuando has dicho, porque aquí sólo está la esclava del Señor”*<sup>8</sup>. Una mujer que no cuenta, o al menos a lo que no le cuenta su voluntad, porque su voluntad es sólo ser de Dios, serle útil a él, serle fiel. *“Si el Altísimo quiere que sea así, pues así será. Hágase”*.

Su desconcierto estaba fundado. Dios nunca antes había intervenido así en la historia de su pueblo. María nunca antes había visto un ángel, y su oración hasta entonces había estado llena del silencio de Dios. Las cosas que decía ese extraño ser, no las alcanzaba a entender. Por qué habría de ser ella la elegida si se sentía la más pequeña e insignificante de todas las mocitas del pueblo. Ella era una mujer normal, casi niña aún. ¿Cómo se le habría ocurrido a Dios poner su mirada en ella? Misterio. Aquí hay mucho misterio, pero ante él sólo cabe decir: *“Hágase”*

El suyo fue un sí sincero en medio de la oscuridad de la fe. Habría de guardar en su corazón y meditar cada palabra que dijo el ángel, cada palabra que dijeran su prima Isabel<sup>9</sup> o los pastores<sup>10</sup>. Aquellos extraños recuerdos de los sabios venidos de oriente<sup>11</sup>, o las palabras de Simeón<sup>12</sup>, o

---

<sup>7</sup> Gen 1-2

<sup>8</sup> Lc 1, 26-38

<sup>9</sup> Lc, 1, 39-45

<sup>10</sup> Lc 2, 19

<sup>11</sup> Mt 2, 1-12

las de Ana<sup>13</sup> también habrían de ser guardadas para ir abriéndose al significado de la Palabra. Algunas cosas de Jesús, como la vez que se perdió en el Templo<sup>14</sup>, tampoco lo entendía mucho, pero una cosa sí sabía, que el no saber no es excusa para no disponerse a la gracia. Ella había sentido que Dios le pedía dejarse en sus manos y así quería vivir.

Es por tanto Nuestra Señora maestra y modelo de fe. Si como una letanía aprendiéramos a ir diciendo con sinceridad “hágase” cada vez que nos adentramos en el misterio, cada vez que nos disponemos en las manos de nuestro Señor, cada vez que intuimos cuanto Dios nos pide o cuando en la oscuridad de la fe, sin entender del todo, queremos serle fiel... si así lo hiciéramos, con otra luz brillarían nuestras almas y otro amor más sincero brotaría de nuestro corazón.

Quizás ahora mismo en el cielo, Dios se esté se esté sonriendo ante nuestro intento torpe para encontrar los caminos que nos conducen a su gracia. Y quizás también ahora esté encogidillo de hombros como diciéndose: “anda, tonto, si no es tan difícil. Si ya te lo dije en el Jordán<sup>15</sup>, cuando se bautizaba mi hijo y te lo volví a repetir en el Monte Tabor<sup>16</sup> aquella mañana de la transfiguración: pon tus ojos en él y escúchale”.

“Contempladlo y quedaréis radiantes”.<sup>17</sup>

Ángel Antonio Chacón López

---

<sup>12</sup> Lc 2, 25-35

<sup>13</sup> Lc 2, 36-38

<sup>14</sup> Lc 2, 51

<sup>15</sup> Lc 3, 21-22

<sup>16</sup> Lc 9, 28-36

<sup>17</sup> Sal 34, 6